

Otra capa de la Pascua

Me estaba yendo a la cama cuando me vino una línea a la mente: «No dejé mi alma en el infierno». Me sonaba como un pasaje de la Biblia conocido, pero no estaba segura. Ni tampoco estaba segura si el escritor se referiría a Jesús.

Saqué mi teléfono inteligente y lo busqué en Google. Y sí estaba en la Biblia. Pueden encontrarlo en el Salmo 16, en el que el rey David escribió esa frase refiriéndose a Jesús en profecía: «No dejarás mi alma en el Seol, ni permitirás que Tu Santo vea corrupción»¹.

Después quise confirmar que David se refería a Jesús, por lo que busqué un poco más. Pedro citó el pasaje exactamente igual en el capítulo 2 de los Hechos, en su primer sermón en Pentecostés. Jesús acababa de ascender al cielo y le había dicho a Sus discípulos que el Espíritu Santo vendría a ellos. Los creyentes se juntaron ansiosamente en un aposento alto



esperando ver lo que seguía. Y el Espíritu Santo se manifestó en el cuarto como llamas de fuego, y todos fueron llenos de un poder y audacia que nunca habían conocido.

En aquel tiempo, Jerusalén estaba lleno de judíos de todo el mundo. Aquellos creyentes devotos estaban en Jerusalén para celebrar la Pascua: uno de los eventos más significativos del calendario judío.

Luego de ser llenos del Espíritu Santo, los discípulos fueron bajando del aposento alto y apareciendo en público, donde empezaron a pregonar el evangelio en idiomas extranjeros que nunca antes habían aprendido. Todos los visitantes judíos de Jerusalén quedaron atónitos de escucharlos hablar en esos idiomas. La gente intentaba entender cómo era posible que hablaran en idiomas que nunca habían aprendido. Algunos se burlaron: «Deben estar ebrios»².

Luego Pedro, el mismo Pedro que había negado a Jesús unas semanas antes, se puso en pie y se dirigió a aquella enorme multitud: «No estamos ebrios; son las 9 de la mañana. Fuimos llenos del Espíritu tal como lo profetizó el profeta Joel.»³



Siguió explicando que Jesús de Nazaret, el que todos sabían que había sido crucificado hacía poco, era el Hijo de Dios, a quien Dios había levantado de los muertos. E hizo referencia a la profecía de David en el Salmo 16⁴.

Pedro dice: «Hermanos, permítanme hablarles con franqueza acerca del patriarca David, que murió y fue sepultado, y cuyo sepulcro está entre nosotros hasta el día de hoy. Era profeta y sabía que Dios le había prometido bajo juramento poner en el trono a uno de sus descendientes. Fue así como previó lo que iba a suceder. Refiriéndose a la resurrección del Mesías, afirmó que Dios no dejaría que Su vida terminara en el sepulcro, ni que Su fin fuera la corrupción. A este Jesús, Dios lo resucitó, y de ello todos nosotros somos testigos.»⁵

Luego Pedro retó a la gente diciendo: «Por tanto, sépalo bien todo Israel que a este Jesús, a quien ustedes crucificaron, Dios lo ha hecho Señor y Mesías»⁶.

El mensaje de Pedro fue tan contundente y ungido que la multitud se conmovió y dijo: «Hermanos, ¿qué debemos hacer?»



«Arrepiéntanse y bautícese cada uno», les contestó. Ese día 3000 creyentes se unieron a la iglesia. Y eso fue solo el comienzo⁷.

A través de Su muerte y resurrección, Jesús nos dio dones que han cambiado por completo el curso de la humanidad. Estos dones son:

1. La salvación y una relación con Dios.
2. El Espíritu Santo.
3. El don de la sanidad, a través de Su sufrimiento en la cruz⁸.

El don del Consolador está directamente relacionado con la muerte de Jesús. No siempre he pensado que el don del Espíritu Santo pudiera ser algo para celebrar durante la Pascua, pero veo que es un gran regalo que podemos celebrar en la Pascua. Porque debido al alejamiento físico de Jesús de Sus discípulos, ellos —y nosotros— recibimos el don del Espíritu Santo.

«El Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en Mi nombre, les enseñará todas las cosas y les hará recordar, todo lo que les he dicho»⁹.



El Espíritu Santo es Dios viviendo en nosotros. Es Su presencia en nuestra vida y está a nuestra disposición porque Jesús estuvo dispuesto a dar Su vida para que lo recibiéramos. El Espíritu Santo va más allá que la salvación (que ya de por sí es el regalo más extraordinario, alucinante y lleno de amor que podríamos recibir), y nos asegura una eternidad con Dios ya que nos conecta con la presencia de Dios cada día.

Pensar así del Espíritu Santo agregó otra capa a mi apreciación de la Pascua y de lo que Jesús hizo por nosotros. Estoy agradecida por este entendimiento más profundo de lo que Jesús hizo por mí y es algo que nunca quiero dar por sentado.

Notas a pie de página

¹Salmo 16:10 (RV1960)

²Hechos 2:13

³Hechos 2:15,16

(parafraseado)

⁴Hechos 2:27

⁵Hechos 2:29–32 (NVI)

⁶Hechos 2:36 (NVI)

⁷Hechos 2:37–38, 41 (NVI)

⁸Isaías 53:5

⁹Juan 14:26 (NVI)

Se encuadra en: Fe y vida cristiana: Fundamentos de la Biblia y el cristianismo: El Espíritu Santo-2a

Texto: María Hodler, adaptado. Publicado por primera vez en Solo1cosa.

Ilustraciones: Alvi. Diseño: Stefan Merour.

Publicado por [Rincón de las maravillas](#). © La Familia Internacional, 2017

